

La crisis propone, la cultura dispone: un fracaso de Calles

Marcos CUEVA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Plutarco Elías Calles es uno de los personajes menos conocidos de la Revolución mexicana y de los peor tratados por biógrafos e historiadores. No es sino hasta muy recientemente que gracias a Carlos Macías Richard se publicó una biografía minuciosa de Calles. El desconocimiento es entendible en una sociedad que se rige por un imaginario de origen religioso: el sonorenses no fue un mártir, ni pretendió serlo. Tampoco es una estampa popular, para bien o para mal, porque Zapata y Villa han perdurado en donde a lo mejor no debieran haberlo hecho, las *images d'épinal* de marginales en puestos callejeros. Nada más alejado de Cárdenas que Calles, entre otras cosas porque ni siquiera existió (¡ni en el Maximato!) una red clientelar “callista”¹ a la que hubiera tenido que desplazar el *Tata*. La memoria de Plutarco Elías Calles ha permanecido en el Partido Revolucionario Institucional, aunque a decir verdad éste tampoco la ha reivindicado demasiado, pese a que existen quienes sostienen que a partir del guaymense se forjó el régimen de estabilidad política mexicano de la segunda posguerra. Por donde se le busque, Calles no ha tenido aureola.

Tampoco ha prosperado mucho el intento por hacer de Calles no el padre (es Cárdenas), sino el “padrino” de los regímenes priístas. En *La sombra del caudillo*, Martín Luis Guzmán llega lejos contra uno de sus personajes, el ministro Hilario Jiménez (es Calles), pero constata: “pareciendo tortuoso, era directo, y pareciendo falso, era leal”.² No fue benévola la supuesta “voz popular” sobre Calles, de quien llegó a decirse que tenía origen extranjero (incluso judío o armenio, según el rumor que recogiera Carlos Pereyra en su *México falsificado...*³) y era el antimejicanismo por excelencia.⁴ Esto recuerda cómo durante la Colonia se utilizaban supuestas limpiezas de sangre (incluso falsificadas) con tal de lograr algún favor del virrey y se alegaba de tal o cual que era “bastardo” para quitarlo del camino, so pretexto de que su árbol genealógico no era satisfactorio.⁵ Dejemos dicho que Araquistáin retrató así a Calles: era “corpulento, de mirada franca, ya enérgica y firme de hombre de mando, ya dulce y burlona, pero sin malicia. La palabra,

¹ Contra lo que sostiene por ejemplo Lorenzo Meyer al hablar de “red de hilos políticos”. *Historia de la Revolución mexicana. 1928-1934. Los inicios de la institucionalización*, p. 2.

² Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo*, p. 61

³ Según lo recoge Fernando Medina Ruiz, *Calles, un destino melancólico*.

⁴ Pereyra, citado por F. Medina Ruiz, *op. cit.*, p. 14.

⁵ Fernando Benítez, *Los primeros mexicanos. La vida criolla en el siglo XVI*, p. 254.

grave, pausada, y a veces llena de tonos cálidos”. Era además “hombre sin doblez, sin afectación y sin actitudes heroicas [...]; recto, espontáneo y cordial”.⁶

Calles *no* fue el caudillo. *No* fue el padrino: este lugar podría tocarle más bien a Alvaro Obregón, pese a la curiosa portada de editorial Cal y Arena al libro de Arnaldo Córdova sobre el Maximato;⁷ y *no* fue el compadre, tampoco. ¿Sería Calles El Siniestro (así lo veía la Iglesia católica y lo llegaba a describir Vasconcelos), durante la cristiada, los sucesos de Huitzilac (que narra *La sombra del caudillo*) y la muerte de Obregón, según una reconstitución no del todo descabellada de Francisco Martín Moreno (*México acribillado*)? ¿Hasta dónde fue Calles partícipe de estos hechos, bastante menos ilustrativos del “México bronco” que muchos anteriores o actuales? ¿O del asesinato de Villa? ¿Fue Calles el “termidoriano” de la Revolución?⁸ Además de no ser un santo, Calles ciertamente no siempre tuvo buenas compañías: ni Luis N. Morones, de quien el sonoreense se distanció apenas comprobó las orgías en Tlalpan,⁹ y ni siquiera Alvaro Obregón. Pero Calles *no* fue una figura paternalista, ni buena ni siniestra. El imaginario no oscila entre la divinización y la fascinación por la bestialidad. *No* es “El Apóstol”, a diferencia de Madero. No se mueve en tipología alguna de raíces coloniales profundas. Aquí reside el problema. La imposibilidad para el cambio cultural —para dejar atrás la herencia colonial— impidió en buena medida que cuajaran y se valoraran los anhelos de cambio social de Calles.

En *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, V. I. Lenin observó que fueron dos las grandes vías agrarias para transitar del feudalismo al capitalismo: la *farmer* y la *junker*.¹⁰ La primera se basó en la pequeña propiedad privada, llevando implícita una reforma agraria a favor del campesino medio, mientras que la segunda, vía “prusiana” y “reaccionaria”, de coexistencia del capricho señorial con pesadas obligaciones para los de abajo,¹¹ se afianzó con la concentración previa de la propiedad rural. La segunda se impuso en México durante el porfiriato, reforzando —en vez de disolver— a partir de la hacienda estructuras de origen colonial. Calles representó la oportunidad de una modernización democrático-burguesa, pero este cambio social no alcanzó a cuajar, entre otras cosas porque México no estaba culturalmente preparado y el populismo cardenista enrumbo hacia otra parte.

I. Ni desde el pueblo, ni desde la masa: capitalismo “desde abajo”

En el imaginario mexicano de origen popular permaneció durante décadas una visión idílica de Zapata y Villa o, para ser más precisos, una imagen inmaculada. Poco ha reparado la historiografía de la Revolución mexicana en el hecho de que sus dos grandes

⁶ Así lo recoge Pereyra, citado por F. Medina Ruiz, *op. cit.*, pp. 15-16.

⁷ Cf. Arnaldo Córdova, *La revolución en crisis. La aventura del maximato*.

⁸ Ésta es la visión de Roger Bartra, *Campesinado y poder político en México*, p. 27. El autor ubica el “Termidor” en el Maximato y la “versión mexicana” del Terror en la guerra cristera (p. 31).

⁹ Tzvi Medin, *El minimato presidencial: historia política del Maximato. 1928-1935*, p. 27. El autor recoge el testimonio de Fernando Torreblanca, yerno de Calles.

¹⁰ V. I. Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, p. 15.

¹¹ *Ibid.*, p. 338.

héroes populares se encontraban profundamente escindidos. Tenían una personalidad histórica (si puede dársele ese nombre) que no se había autonomizado del todo del imaginario señorial, aunque hubieran sido víctimas de éste, personal (Villa) o colectivamente (los campesinos morelenses). Zapata y Villa fueron las dos últimas reacciones ante una transformación que habría de convertir a México de país abrumadoramente rural a urbano y de pueblerino a “masivo”.

Zapata no fue únicamente el redentor de los indígenas cuyos derechos habían sido reconocidos en tiempos coloniales y objeto luego de despojo por la invasión de los ingenios azucareros en Morelos. “Charro entre charros”,¹² con algo de “señorito”, Zapata, obsesionado por la traición, se encontraba dividido —o por lo menos es lo que ocurría en el zapatismo morelense— entre “alguien” como el profesor Otilio Montaña y auténticas bestias humanas como Felipe Neri, quien acostumbraba cortar las orejas de sus víctimas,¹³ o el no menos brutal Genovevo de la O, quien ejemplificaba el desprecio por la vida ajena y el desdén por la propia.¹⁴ Zapata llegó a solazarse con la cabeza del “traidor” Domingo Arenas.¹⁵ El pueblo anárquico (Montaña admiraba a Kropotkin) se dio hasta cierto punto un banquete que consistió en poder disponer al antojo de la vida ajena, algo en lo que el villismo “a capricho” no se quedó para nada atrás. Francisco Villa se debatía entre la idealización de un Felipe Ángeles, quien conocía bien los orígenes coloniales de las múltiples defectos del *Centauro del Norte*, y la aterradora figura asesina de Rodolfo Fierro.¹⁶ Martín Luis Guzmán dio cuenta en *El águila y la serpiente* de quién era Fierro (“La fiesta de las balas”, aunque la terrible anécdota no fuera del todo verdadera):¹⁷ un criminal cuyos procedimientos se han reactualizado por ejemplo con las prácticas de los narcotraficantes en Ciudad Juárez o Tijuana.

Guzmán llegó a ver en Villa no a un ser humano, sino a una “fiera en su cubil”, a alguien con “alma de jaguar”.¹⁸ Mientras que Zapata se quedó en estampa, Villa se volvió estereotipo que los estadounidenses —pero también autores de origen español—¹⁹ supieron utilizar. Miguel A. Berumen ha hecho notar que la cinematografía y la fotografía documentales consiguieron hacer de Villa un mito.²⁰ Con Zapata no estuvo lejos de ocurrir lo mismo, con la pintoresca y algo ridícula película de Kazan protagonizada por Marlon Brando (*¡Viva Zapata!*), hasta que el intento de la “burguesía charra” con Alejandro Fernández y Lucero llevara la caricaturización al colmo (Alfonso Arau, *Zapata: el sueño del héroe*). En la excitación por Villa y en menor medida por Zapata no está nada más la fascinación por la derrota (¿desde Cuauhtémoc?), sino por el machismo, el poder de destruir, y hasta por el autoaniquilamiento en el que ya se regodeaban los criollos durante la Colonia.

¹² Enrique Krauze, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución mexicana, 1910-1940*, p. 76.

¹³ *Ibid.*, p. 103.

¹⁴ *Ibid.*, p. 123.

¹⁵ *Ibid.*, p. 136.

¹⁶ *Ibid.*, p. 161.

¹⁷ Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, pp. 199-211.

¹⁸ *Ibid.*, p. 49.

¹⁹ Véase Paco Ignacio Taibo II, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*. No se encuentra realizada la valoración de Villa que hiciera Felipe Ángeles.

²⁰ Cf. Miguel A. Berumen, *Pancho Villa, la construcción del mito*.

Zapata y Villa tienen una connotación religiosa: no es héroe popular quien sale victorioso y cuida de la vida de los suyos, sino el redentor crucificado, así sea en un baño de sangre. El mundo popular no se había distanciado de la práctica —atávica— señorial, ni mucho menos de las múltiples trampas de la religión para legitimarlo. Octavio Paz sostuvo que la Revolución mexicana fue “el estallido de la realidad” y una “comunidad”.²¹ Comunidad, sí, pero en la revuelta anárquica y violenta que no alcanzó a deslindarse de la forma impuesta desde arriba, y que se convertirá luego en supuesta mexicanidad para comulgar en el “relajo”, este último una forma de ser bastante característica de Obregón. Al mismo tiempo, quien no comulga con un pueblo “sufrido” y “abnegado” —nunca ignorante, al parecer— se arriesga a sufrir caracterizaciones como ésta que hace Jean Meyer de Calles: los sonorenses son los “tejanos de México” (!),²² del “lejano Noroeste”; “tienen una idea apasionadamente racionalista, quieren que el cuerpo social termine por amoldarse, cueste lo que cueste, a la cuadrícula de conceptos que su razón ha forjado”. En el lenguaje de hoy, Calles sería un tipo “cuadrado”. Aburre al historiador. Es el “Viejo”, “siempre pensando” (Krauze). “Cierta cartesianismo —escribe Meyer— no persigue más que la perfección intelectual pura, y Calles tenía algo de esa actitud”.²³

II. Campesinos medios: la “burguesía” ranchera

Como gobernador de Sonora, Calles fue inequívoco: “tierra y libros para todos”. Debían prevalecer las garantías individuales, la instrucción pública y la administración correcta de la justicia (Calles abolió cualquier forma de tortura), el reparto de tierras y la mayor “subdivisión de la propiedad”, con expropiaciones y deslindes si el caso lo requería, habida cuenta de que “la codicia del rico” solía convertirlo en “el monopolizador de las tierras de labranza”.²⁴ Siendo secretario de Estado, el sonorense volvió sobre el tema; no dejó lugar a dudas sobre el hecho de que la tierra debía ser para quien la trabajara,²⁵ dicho sin demagogia. Ya como candidato presidencial, Calles alertó sobre la necesidad de repartir la tierra y fraccionar los latifundios “con método y orden”, “en forma evolutiva” y con atención a la “forma técnica”, sin excesos en las dotaciones y restituciones,²⁶ pero sin permitir tampoco que los latifundistas atrajeran a su causa a los pequeños propietarios, como lo habían intentado en algunas regiones, Jalisco por ejemplo, sumando al clero e instigando a los militares.²⁷ Calles no era un entusiasta del ejido, al que veía incapacitado para crear grandes estímulos a la producción y como factor de “desavenencias entre vecinos”; tampoco —decía— quería “pulverizar la tierra”. Llegado el momento, Calles consideró que el agrarismo llegaba al fracaso, por entregar tierra sin la preparación y los

²¹ Octavio Paz, *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*, p. 162.

²² Por momentos hay ciertamente algo de esto en Abelardo L. Rodríguez, *Autobiografía*. Este sonorense, hijo de un encargado de “trenes de mulas”, apenas estudió parte la escuela primaria y “se hizo a sí mismo”. A. Rodríguez, *op. cit.*, pp. 9-17.

²³ Jean Meyer, *Historia de la Revolución mexicana 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*, pp. 55-56.

²⁴ Plutarco Elías Calles, *Pensamiento político y social (1913-1936)*, p. 38.

²⁵ *Ibid.*, pp. 58-60.

²⁶ *Ibid.*, pp. 71-72.

²⁷ *Ibid.*, pp. 102-103.

elementos para cultivarla, comprometiendo de paso los recursos de la nación.²⁸ El objetivo era convertir al campesino en pequeño propietario moderno, dotado de la mejor infraestructura posible (en particular con la irrigación y el crédito) y el ejido no era visto sino como un paso transitorio (un “*desideratum*”²⁹) hacia ese objetivo: había que volver imposible el acaparamiento de parcelas de ejidos, lograr la permanencia del trabajador en ellos y autorizar a la larga la división de los ejidos mismos en parcelas de propiedad individual. “Pretender resolver el problema agrario —expuso Calles— con sólo entregar la tierra a los campesinos es, en la mayor parte de los casos, o una utopía acariciada por espíritus poco prácticos en estos asuntos, o un engaño para el pueblo, que puede redundar en desprestigio de la misma causa agrarista y acarrear el desaliento de los propios campesinos”.³⁰ Al nativo de Guaymas le pareció indispensable que la reforma agraria se acompañara de la educación de los campesinos; impulsó las escuelas rurales, las escuelas centrales agrícolas, gran esperanza de Cosío Villegas.³¹ Para Calles, simpatizante por cierto de Narciso Bassols (quien durante la presidencia de Abelardo L. Rodríguez introdujo la educación sexual en quinto y sexto años de primaria, para indignación de los católicos),³² la enseñanza era el camino para la “regeneración moral del pueblo”³³ —que no era idílico.

A Calles le tocó llevar a cabo tareas importantes para la construcción de un Estado nacional moderno. Creó el Banco de México como único emisor de moneda; promovió la Ley del Impuesto sobre la Renta; dio luz verde para una nueva institución, la Comisión Nacional de Irrigación, luego Secretaría de Recursos Hidráulicos (esto, en un país con 60% de tierras áridas y semiáridas); en 1926 se formó la Comisión Nacional de Caminos, en uno de los tres países más montañosos del mundo (los otros son Nepal y Suiza), y con ello se favorecieron el conocimiento mutuo entre los mexicanos, fortaleciendo el sentimiento de unidad nacional; la percepción de las diferentes facetas de la identidad cultural, y la movilidad de las actividades industriales y agropecuarias.³⁴ Lo que antes era un privilegio de clases altas, “viajar a través (del) país para conocerlo y reconocerse en él”, se volvió accesible para muchos (se construyeron las carreteras a Pachuca, Cuernavaca, Toluca, Puebla, Acapulco y Laredo, y en los Ferrocarriles Nacionales de México se expedía al empleado federal que lo solicitara un boleto de viaje redondo por el precio de la mitad de uno sencillo).³⁵ Para debilitar la rapacidad de los agiotistas, en 1925 se creó el Banco Nacional de Crédito Agrícola y Ganadero.³⁶ Igualmente se promovió la Dirección General de Pensiones Civiles y de Retiro para que en caso de cesantía los empleados públicos tuvieran con qué salir de apuros y no quedar en la indefensión económica.³⁷

²⁸ E. Krauze, *op. cit.*, p. 187.

²⁹ “La pequeña propiedad, desiderátum que hará próspera la agricultura nacional”. *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y social (1913-1936)*, p. 90.

³⁰ *Ibid.*, p. 90.

³¹ Enrique Krauze, *Reformar desde el origen. Plutarco E. Calles. Biografía del poder*/7, p. 57.

³² *Ibid.*, p. 123.

³³ *Plutarco Elías Calles. Pensamiento político y social (1913-1936)*, pp. 135-136.

³⁴ José E. Iturriaga, “Calles y la construcción del México moderno”, en *Plutarco Elías Calles. Obra revolucionaria*, pp. 10-11.

³⁵ *Ibid.*, pp. 12-15.

³⁶ *Ibid.*, p. 13.

³⁷ *Idem.*

La educación no podía ser sino el proyecto mimado del maestro de escuela que había sido Calles. El proyecto educativo del sonoreense no tuvo el sesgo del vasconcelismo. José Vasconcelos, fundador y primer secretario de la Secretaría de Educación Pública, fomentó una educación nacional que “propiciara las costuras entre las diferencias regionales e impidiera la supremacía de los orgullos provincianos y de campanario”.³⁸ No parece empero que Vasconcelos tuviera una personalidad sencilla: convirtió la tarea educativa en apostolado, en asunto casi diríase que de militantes-misioneros; según Krauze había algo de misticismo en el oaxaqueño.³⁹ La idea de Calles era otra: no preparar para el enaltecimiento y la grandilocuencia, propicia incluso para la recreación de vicios coloniales (los de “simuladores y pícaros encubiertos bajo un disfraz solemne”⁴⁰), sino para la vida, en aquella época para el fortalecimiento de todo lo que fuera esfuerzo productivo.

III. De *minimatos* y *maximatos*

Calles tuvo durante el Maximato un poderío mucho menos omnímodo de lo que llegó a decirse o pensarse. No tuvo un grupo “callista” ni siquiera cuando fue presidente de México: el Congreso y el Senado se encontraban bajo la férula de partidarios y amigos de Obregón.⁴¹ Mientras los laboristas buscaban impedir las reformas de los artículos 82 y 83 constitucionales, Calles buscó evitar también —con paciencia y firmeza— la modificación de la Carta Magna. Calles no se enriqueció a costa del Estado, aunque su familia tuviera no pocas propiedades.⁴² El gabinete no contaba más que con dos leales, Luis N. Morones (Secretario de Industria, Comercio y Trabajo) y José Manuel Puig Casauranc (Educación Pública). Andando el tiempo, este último dejó en claro qué es lo que más había disgustado a quienes se consideraban cercanos a Calles: la falta de continuidad en el trabajo, debido a los cambios constantes en las redes clientelares.

No hay nada más disolvente —escribió Puig Casauranc—, en vísperas de un cambio de Administración, que el divisionismo de las fuerzas directoras sumado al partidarismo personalista burocrático y a la falta de fuerza de todo fin de gobierno. Todo se relaja entonces: trabajo, honradez, eficiencia; todo gira alrededor del rumor o del chisme del día, y ante la inminencia de la pérdida de la posición, pocos son los que, lo mismo en empresas particulares que en oficinas de gobierno, se deciden a seguir, desentendiéndose del viento de fronda, del ‘rumor’ que sopla, un trabajo regular, honorable y continuado.⁴³

Conviene detenerse en otros dos aspectos de lo ocurrido entre la muerte de Obregón y la llegada de Lázaro Cárdenas al gobierno. Ni el modo en que estaba procediendo

³⁸ Fernando Zertuche Muñoz, “La política educativa de Plutarco Elías Calles”, en *Plutarco Elías Calles. Obra revolucionaria*, p. 54.

³⁹ E. Krauze, *Reformar desde el origen. Plutarco E. Calles. Biografía del poder*/7, p. 97.

⁴⁰ F. Benítez, *op. cit.*, p. 30.

⁴¹ J. E. Iturriaga, “Calles y la construcción del México moderno”, en *op. cit.*, pp. 17-18.

⁴² En el rancho Santa Bárbara, en Chalco, Calles tenía una escuela a la que asistía un alumno por estado de la República. E. Krauze, *Biografía del poder...*, p. 115.

⁴³ Citado por A. Córdova, *op. cit.*, p. 287.

Obregón —beneficiario de la muerte de los antirreeleccionistas Serrano y Gómez⁴⁴— ni las pugnas posteriores entre redes clientelares durante los gobiernos de Portes Gil y Ortiz Rubio —libre juego de intrigas en vez de ejercicio democrático, parafraseando a Bartra—⁴⁵ representaron una novedad en la historia de México. El vacío de poder produjo temporalmente lo más parecido a una regresión, por lo menos en la forma, hasta provocar que la cultura entorpeciera el cambio social: desde el siglo XVI se acostumbraba entre los criollos un modo peculiar de relacionarse con los asuntos de poder. Ello incluía la “adulación servil” que nunca encontraba “elogios bastantes” para el virrey, de lo que se acusó por ejemplo al cronista Baltasar Dorantes de Carranza; no faltaban en el ámbito cortesano los simuladores, los plebeyos y los cortesanos, con frecuencia “vagos con humos de grandes señores”; “hervían en la sangre” las evocaciones de las despensas virreinales y no faltaban quienes estuvieran a la caza constante de la mayor presea, una encomienda. Se creaban leyendas con hazañas increíbles e inexistentes, historias conmovedoras que se traducían en interminables solicitudes de recompensa.⁴⁶ Nació un modo particular de esperar un favor proveniente de arriba (de “pegarse como sanguijuela” al virrey⁴⁷), no para cumplir algún servicio, sino para sacar provecho personal de lo que en tiempos coloniales podía ser un “regadío parejo de mercedes reales”⁴⁸ o “un copioso maná en forma de alcaldías, tenentazgos y corregimientos”.⁴⁹

Volviendo a Calles, ¿qué buscaban todos los que pululaban alrededor de él? No se sabe a quién se le ocurrió llamarlo “Jefe Máximo” (salvo a Luis L. León en *El Nacional*)⁵⁰ para comenzar la caravana de adulaciones y peticiones de “políticos” en el mal sentido de la palabra; tampoco es descartable que el sonoreense se volviera sensible a la adulación y en este sentido más bien vanidoso, pero criticó hasta el final de su vida las “divisiones personalistas”,⁵¹ y a los “militares viles, ambiciosos, venales y cobardes”,⁵² tantos candidatos a caudillos le parecían “largos en el prometer y cortos en el cumplir” (ésta, frase de Cervantes conocida del sonoreense),⁵³ y adictos a las “deslealtades, (las) ambiciones irrefrenables, (el) desbordamiento de pasiones, (las) concupiscencias asquerosas”,⁵⁴ muchos podían convertirse de “aduladores en deturpadores”.⁵⁵ Calles era consciente de quiénes pagaban los platos rotos en las disputas entre redes clientelares, a fin

⁴⁴ Con fama de mujeriego, aficionado al alcohol y a las parrandas (Aguirre, en *La sombra del caudillo*), Francisco Serrano también tenía —de acuerdo con Rafael Loyola— mucho de caudillo y como tal conspiró. Véase sobre esto último Rafael Loyola Díaz, *La crisis Obregón-Calles y el Estado mexicano*, p. 48.

⁴⁵ R. Bartra, *op. cit.*, p. 26.

⁴⁶ F. Benítez, *op. cit.*, pp. 30, 247-248, 256, 260, 275.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 38.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 260.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 256.

⁵⁰ A. Rodríguez, *op. cit.*, p. 155.

⁵¹ Plutarco Elías Calles, *Pensamiento político y social (1913-1936)*, p. 236.

⁵² E. Krauze, *Biografía del poder...*, p. 145.

⁵³ Plutarco Elías Calles, *Correspondencia personal (1919-1945)*, t. I, Carta a Natalia Elías Calles Chacón, pp. 457-458.

⁵⁴ *Correspondencia...* Carta a Natalia Elías Calles Chacón, p. 443.

⁵⁵ Ambientes como éstos podían hacer que la confusión se convirtiera en “sistema”, por las cosas mal hechas o hechas de modo incompleto, por las no dichas por indiferencia o cobardía, por los desbordamientos pasionales y los rencores, en palabras de José Manuel Puig Casauranc, *Galatea rebelde a varios pigmaliones. De Obregón a Cárdenas (antecedentes y fenómeno mexicano actual)*, p. 33.

de cuentas pleitos por el botín, algo por cierto no muy distinto de lo que fomentaba Martín Cortés al principio de la Colonia, cuando unos y otros se mandaban cartas envenenadas, se retaban a cuchilladas y llevaban sus disputas hasta la corte metropolitana.⁵⁶ Calles sostenía que los soldados no tenían por qué obedecer faccionalismos de quienes, llamando a la rebelión, aseguraban entretanto para sí la retirada, la salvación de “sus vidas y fortunas”, y en última instancia entregaban a sus seguidores.⁵⁷

Muerto Obregón, Calles buscó asegurarse —luego de convocar a una junta de generales— de que los militares no compitieran por el gobierno postulando a uno de los suyos.⁵⁸ Calles estaba claro sobre lo que ocurría en México todavía hasta los años treinta, y así lo expresó tanto a una de sus hijas⁵⁹ como a Vasconcelos. ¿Es por lo demás anormal que Calles haya cometido no pocos errores, sobre todo después de 1930, porque no fue El Infalible ni Dios todopoderoso, y de nuevo resulta improcedente la lectura religiosa? Al visitar al Jefe Máximo no todos buscaban prebenda: Calles “era un hombre de buen criterio político a quien los funcionarios gustaban de consultar. Era también un amigo leal, capaz de inspirar confianza; muchos le querían por su enérgica pero simpática personalidad”.⁶⁰

Tzvi Medin sugirió una hipótesis interesante sobre el Maximato.⁶¹ Con Obregón, el caudillismo habría buscado encontrar la fórmula constitucional para justificar la reelección. Calles habría buscado otra salida, agitando —según Medin— el fantasma de una “guerra civil” que a decir verdad se encontraba hasta entonces siempre latente. Calles instituyó —sugiere Medin— un “mecanismo político” que convirtió en autoridad suprema al Jefe Máximo y al Primer Magistrado de la Nación en un mero “representante” o “administrador”.⁶² Lo curioso es que esta transición benefició a la larga a Cárdenas, quien fortaleció el presidencialismo mexicano e hizo depender de éste el juego de clientelas en el partido oficial, las cámaras legislativas y el gobierno. Ni el populismo ni el corporativismo fueron ambición de Calles, quien consideraba, a propósito del Partido Nacional Revolucionario (PNR), que había que mantener “un partido sin sectores; todos ciudadanos, nada más”, según lo dicho a Puig Casauranc. “Pronto a aceptar deberes ciudadanos”, siguió interviniendo ocasionalmente en política durante el Maximato, pero no creó su “elite” (contrariamente a lo que sugiere Tzvi Medin) o “grupo”; se inmiscuyó mucho menos de lo pensado en los gobiernos de sus supuestos “peleles”. Difícilmente se puede pensar que el sonorenses fuera tan aviezo como para hacer lo contrario de lo que pensaba que era el bien para la República, luego de la muerte de Obregón en 1928: pasar de la condición histórica “del país de un hombre a la nación de instituciones y leyes” —pese a quienes exigían el continuismo (entre ellos Cárdenas)— y crear el PNR para dirimir de manera civilizada las pugnas dentro de la “familia revolucionaria”. ¿De qué supuesta institucionalización totalitaria puede ha-

⁵⁶ F. Benítez, *op. cit.*, pp. 184-185.

⁵⁷ Plutarco Elías Calles, *Pensamiento político y social (1913-1936)*, p. 203.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 175-198.

⁵⁹ Natalia Elías Calles Chacón no dudó en apoyar expropiación petrolera. *Carta a PEC. Correspondencia...*, pp. 446-447.

⁶⁰ Citado por A. Córdova, p. 68.

⁶¹ Cf. T. Medin, *op. cit.*

⁶² *Ibid.*, p. 162.

blarse? Emilio Portes Gil, primer presidente en asumir el cargo sin actos violentos de por medio,⁶³ fue ante todo “portesgilista” y se permitió reducir —con el apoyo del ejército, señaladamente del general Amaro— la fuerza y la trascendencia política de la Confederación Regional Obrera Mexicana, muy cercana a Calles. Portes Gil tuvo entre sus méritos el de vigilar que su administración no fuera presa de la corrupción, y que “sus funcionarios fueran, ante todo, gente capaz y honrada y que el presupuesto se ejerciera honestamente”.⁶⁴ Ortiz Rubio fue menos independiente, aunque además de haber rechazado al “recomendado” Alberto Pani, se dio por ejemplo el lujo de espiar mediante Hernández Cházaro a Calles en la hacienda de El Mante. Ortiz Rubio aceptó la presencia del Jefe Máximo, pero no el mecanismo político del Maximato, que suponía el minimato presidencial, y decidió entonces irse. Las crisis durante el gobierno del mal llamado “nopalito” no fueron indicativas de “pelelismo”, sino de la renuencia a aceptar imposiciones.⁶⁵

Finalmente, cierto es que Abelardo L. Rodríguez (firme partidario de propagar la educación, lo que lo llevó a crear la Universidad de Sonora) afirmó que durante su interinato iba a dedicarse no a “la política”, sino a la administración, que ha sido reconocida como bastante efectiva por varios estudiosos. Calles respetó la independencia del interino y jamás intentó mandar en su administración.⁶⁶ A Rodríguez no le agradaban las “peregrinaciones” de secretarios de Estado, jefes de departamento y procuradores a donde se encontrara Calles, de tal modo que les solicitó oficialmente que se abstuvieran de hacerlo, incluso para tranquilidad del Jefe Máximo. Rodríguez consiguió la renuncia de Pani cuando éste se lo “brincó” por privilegiar su relación con Calles. El mismo mandatario canceló una reunión entre él, el Jefe Máximo y el embajador estadounidense Josephus Daniels (quien apreciaba la mente clara, informada y franca de Calles, siempre dispuesto a expresar con valor sus puntos de vista), advirtiéndole que en México no había “hombre fuerte” (como llamaba Daniels a Calles) por encima del mandatario constitucional en turno.

Los dos sonorenses (Calles prefería que le dijeran la verdad cuando actuaba mal)⁶⁷ probablemente compartían su rechazo a la “baja política” o “pequeña política”, como las llamó Abelardo L. Rodríguez, quien las consideraba incompatibles con su carácter norteño. La “politiquería”, hecha de “bajas pasiones, intrigas, murmuraciones y trai-

⁶³ R. Loyola Díaz, *op. cit.*, p. 11.

⁶⁴ A. Córdova, *op. cit.*, p. 91.

⁶⁵ T. Medin, *op. cit.*, p. 106. Portes Gil y Ortiz Rubio estaban bastante ocupados en su enemistad, y el primero “burocratizó” al PNR. Entre Ortiz Rubio y Calles no parece haber existido mayor franqueza. J. M. Puig Casauranc, *op. cit.*, p. 399.

⁶⁶ Para Puig Casauranc, en 1933 con Rodríguez se terminó el “dualismo” o “bicefalismo” político del Maximato. J. M. Puig Casauranc, *op. cit.*, p. 112. La leyenda del “hombre que gobernó once años” no habría sido sino eso, leyenda. Después de 1929, Calles no gobernaba en México, porque gobernar es “conocer”, “saber”, “estar plenamente informado”. J. M. Puig Casauranc, *op. cit.*, p. 117. En cambio, a Calles lo aquejaban a principios de los años treinta el desgaste físico y el mental, el fastidio, y no habría sabido resistir a las sirenas de todo orden, “corrigiendo” a veces arbitrariamente a tal o cual y cayendo en el juego de las murmuraciones dentro del *entourage*. J. M. Puig Casauranc, *op. cit.*, pp. 117, 214 y 399. A diferencia de “don” Adolfo de la Huerta, ni a Calles ni a Rodríguez se les hizo acreedores a este “título”. Por cierto que para Rodríguez pedir un consejo no equivalía a someterse; llegó una que otra vez a buscar consejo de Calles.

⁶⁷ T. Medin, *op. cit.*, p. 91.

ciones, de demagogia, falsedad y mentira”, chocaba con esto otro que afirmaba el presidente interino:

[...] en mi tierra los hombres suelen ser francos y sinceros, despreocupados y poco amigos del protocolo y la diplomacia. Hablamos con la verdad, claramente, sin reticencias ni tapujos. Antes de que ocupara la presidencia, durante ella y después de ella, siempre he dicho lo que considero cierto, sin que me hayan limitado compromisos personales que no tengo, porque lo que a mí me ha importado siempre son los principios por los que luché desde mi juventud.⁶⁸

El pueblo fue dejando por lo visto de ser un sujeto importante en lo que ocurría, a juzgar por lo poco que dicen historiadores y analistas políticos: la última “intervención” popular parece ser por momentos la guerra cristera. Ese pueblo pasó a convertirse de “voz” anónima (en el corrido, por ejemplo) a rumor —ya masificado— nada benévolo con Calles. El “rumor” da la impresión de que existe un poder realmente colectivo, y a cada partícipe la sensación de que es “actor” de ese “algo”, que no es sino poder para destruir. Para Aniceto Aramoni, el rumor es algo así como un periodismo “maledicente y difamatorio, por falta de dificultad crítica de escrutinio”, y lleva a hacer un pésimo uso y mal empleo de la imaginación, “desorbitando el pensamiento, hasta que la deformación se vuelve alucinoide”.⁶⁹ Se ha buscado en Calles a un conspirador nato que no era.⁷⁰

Para concluir

Pese al cambio social, el relativo estancamiento cultural hizo que muchos revolucionarios esperaran que se “les hiciera justicia” como los criollos novohispanos esperaban prebendas. ¿Qué pudo haber ocurrido para que la cultura entorpeciera el cambio social democrático? Calles sostuvo una entrevista significativa con Leopoldo Ruiz, obispo de Michoacán, y Pascual Díaz, obispo de Tabasco y secretario general del Episcopado Mexicano. Según Krauze, la actitud de los obispos era de conciliación, incluso de cierta humildad,⁷¹ aunque buscaban que Calles “disimulara la operación de la ley” (La Ley Calles) a la manera porfiriana.⁷² Cuando el presidente argumentó que sobre los dictados de la conciencia estaba la ley, el obispo tabasqueño contestó: “yo entiendo por conciencia lo que nos dicta nuestro sentimiento, y entiendo por ley un ordenamiento de la razón. Por consiguiente, cuando mi conciencia me dice que una ley está contra la razón tengo el derecho de seguir el dictado de mi conciencia y no sujetarme a esa ley”.⁷³ He aquí lo que

⁶⁸ A. Rodríguez, *op. cit.*, p. 144. Rodríguez deja en claro que en el entorno de Calles no faltaban quienes se dedicaban a la adulación y al servilismo. A. Rodríguez, *ibid.*, p. 156. Este sonorenses hizo notar la tradición “burocrática” y “empleomaníaca” de la “clase media” mexicana. A. Rodríguez, *ibid.*, p. 351.

⁶⁹ Aniceto Aramoni, *El mexicano. ¿Un ser aparte?*, pp. 260-263.

⁷⁰ Calles no tenía nada de “maquiavélico”: no existían en él “ductibilidad”, ni “sutilezas de fondo”, ni “esas habilidades peligrosísimas de forma”, fundamento de éxito de tantos políticos, en palabras de Puig Casauranc, *op. cit.*, p. 209.

⁷¹ E. Krauze, *Biografía del poder...*, p. 71.

⁷² *Ibid.*, p. 75.

⁷³ *Ibid.*, pp. 73-75.

supuestamente está en derecho de hacer el mexicano o cualquier mal llamado “latino” porque se lo dicta “el querer” (suyo... o de Dios), incluso si para ello hay que saltarse leyes u otras normas de convivencia.

No era que Calles hubiera optado por “extirpar” la fe católica.⁷⁴ El sonorenses llamó “a las derechas”, a la “reacción política y clerical” al parlamento para “entablar la lucha de ideas”.⁷⁵ Nunca se trató de “descatolizar” a México⁷⁶ o de favorecer a alguna otra religión (a ninguna debía permitírsele el proselitismo contra el Estado), sino de culminar con el proceso de separación entre la Iglesia y el Estado comenzado en 1857. Las libertades de culto, pensamiento, asociación, prensa y conciencia quedaron aseguradas en los artículos 3o., 7o., 9o. y 21 de la Constitución. La respuesta de Pascual Díaz confunde conciencia y sentimiento, confusión que marca desde temprano al imaginario mexicano y latinoamericano y que perdura hasta hoy, pese a que distintas corrientes de la psicología, la psicología social y la ética han demostrado que la clave de la conciencia no es “el sentimiento”, sino el juicio de valor. La (¿anónima?) “voz popular” hizo de Calles un hombre “sin sentimiento”, cliché que recoge Krauze cuando habla del sonorenses “turco, severo y mental”.⁷⁷ De la formulación de Díaz pudiera desprenderse que el sentimiento orienta a la razón, o peor aún, que la crea, mientras que la odiosa Razón (¿con mayúsculas?) buscaría someter a la conciencia. No es sino el derecho a saltarse cualquier ley o norma si así lo quiere el sentimiento. Éste es puro e inmaculado —para volver sobre el debate primigenio, religioso. ¿Calles sacralizaba la ley? El tabasqueño sacralizaba el sentimiento, dándole el privilegio de ocupar el espacio de la conciencia, por encima del entendimiento o del raciocinio, en un “México bárbaro” donde Villa arreglaba diferendos a tiros y un zapatista consideraba que su “consensia” podía dictarle “porque sí” a quién “quebrarse” o no. Los nuevos criollos posrevolucionarios se impusieron con este sentimentalismo, al servicio de más de un chantaje.

Estas ambigüedades volvieron en el populismo, como habrían de existir en otros imaginarios latinoamericanos, para colmo —hasta hoy— en algunos discursos intelectuales, prestos a oponer el “gozo” a la “aburrida” razón. Resultaría que Zapata y Villa eran auténticos, agréguese que casi “nobles”, se entiende que de sentimiento. Calles es el que “piensa”, el “frío” que no duda en matar (lo hacía, pero nunca se acercó a la inaudita crueldad de Villa, o de Obregón). ¿Podría colegirse que el pueblo mexicano no quiso saber de raciocinio y prefirió —deslumbrado por lo señorial— el imaginario religioso?

Detrás de la crítica a Calles hay un imaginario que hunde sus raíces en la Colonia. Herederos del esfuerzo guerrero de la Conquista pero renuentes al trabajo, “holgazanes y ausentistas”, dependientes del “milagro”, del favoritismo o del buen humor del gobernante en turno, los criollos se valían del linaje para insertarse en el poder. Creían suplir —con trampa, cohecho, intrigas e indiferencia, resentimiento y cinismo de “cesante altivo”—⁷⁸ la sensación de pisar terreno falso, por hallarse inmiscuidos en un continuo y precario regateo de bienes. Pese a que algunos han buscado un capitalismo temprano en lo que durante la Colonia no era sino feudalismo, además decadente, los criollos se empe-

⁷⁴ Contra lo que afirma Krauze, *Biografía del poder...*, p. 81.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 90.

⁷⁶ Plutarco Elías Calles. *Pensamiento político y social (1913-1936)*, pp. 137-142.

⁷⁷ E. Krauze, *Biografía del poder...*, p. 39.

⁷⁸ F. Benítez, *op. cit.*, p. 278.

ñaban en hacerse pasar por aristócratas, para “sacar de la jugada” a quienes consideraban burgueses y dueños de la riqueza ciudadana, pero con un “origen oprobioso”.⁷⁹ Ante quien, como Calles, buscó siglos después acabar con privilegios, pero además evitar que se crearan otros, los nuevos criollos no dejaron de recordarle su origen (supuestamente “bastardo”). Calles, además de maestro de escuela, había sido en su juventud comerciante y pequeño agricultor fallidos. No tenía mayores propiedades rurales, pero tampoco era campesino ni bandido, ni por ende de apariencia “auténtica”, cuando siempre dentro de un registro religioso se confunde lo “auténtico” con lo “misterioso”, inentendible, anárquico, “imprevisto, inesperado, imprevisto, inorganizado”, la “fuerza de la naturaleza” (“el volcán subterráneo”): es el modo en que Jean Meyer describe la *grande peur* cristera, en la cual reaparecen las atávicas estampas populares⁸⁰ (“utopía medieval” e “imagería piadosa”, para Bartra).

Además de darle un fuerte impulso al mercado interno y de marcarle límites a la inversión extranjera, Calles consiguió dos cosas de avanzada en América Latina y el Caribe. Cualquier latinoamericanista debiera aquilatarlas: afianzar la separación entre los asuntos estatales y los de la Iglesia, y desvanecer los peligros de los pronunciamientos militares frecuentes y lesivos para la nación. De los asuntos públicos quedaron así al margen los religiosos y los militares, que dejaron en México de ser estamentos con “fueros” por encima del Estado.

Calles no quería un partido único, sino “partidos nacionales orgánicos”,⁸¹ en proporción a su organización y lugar en “la voluntad y la conciencia públicas” y al “choque de ideas” que sustituyera al “clamor de la hazaña bélica”.⁸² Nada de lo dicho hasta aquí hace de Calles un héroe, mucho menos un “hombre de acero”; nada autoriza comparaciones del México de aquella época con la naciente Unión Soviética, con la Nueva Política Económica (la NEP de Lenin).⁸³ Calles no representó la etapa “nacional-populista” de la Revolución (¡).⁸⁴ Es con el cardenismo que se consolidaron nuevos grupos listos para el reparto de derechos y privilegios. Para Cárdenas el colectivo debía serlo todo, lo que provocó que Lombardo Toledano viera “fascismo” donde no lo había (en el Plan Sexenal). Con todo, el líder sindical no estaba completamente despistado: las simpatías de Vargas y Perón por el fascismo fueron inocultables. ¡Pero también las muy erradas de Calles!⁸⁵ La cercanía con Estados Unidos atemperó las cosas en México.

Cárdenas “institucionalizó” el corporativismo, el “dedazo” y el fraude electoral. El fracaso de un auténtico proyecto democrático-burgués (pese al despliegue del capitalismo) desembocó en una corrupción similar a la del poder colonial: éste era un mundo en el que muy pronto se había llegado a la creencia de que toda autoridad es “espuria, inmo-

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 254, 277, 278.

⁸⁰ Jean Meyer, p. 237. Para Bartra, los campesinos fueron lanzados a los brazos de la “oligarquía porfiriana católica” (p. 31). ¿Habían dejado por completo de estarlo?

⁸¹ J. M. Puig Casauranc, *op. cit.*, p. 250.

⁸² A. Córdova, *op. cit.*, p. 37.

⁸³ Hechos por Jean Meyer, p. 256.

⁸⁴ Contra lo que afirma Jean Meyer, pp. 282, 290.

⁸⁵ Calles, ignorante según Puig Casauranc sobre la agricultura francesa que consideraba muy buena, admiró por igual a Friedrich Ebert que a Hitler. Véase, por ejemplo, Jürgen Buchenau, “Plutarco Elías Calles y su admiración por Alemania”, en *Boletín*, núm. 51.

ral y tiránica”, y toda ley, lesiva al interés cualquiera.⁸⁶ Desde esta perspectiva, de pretendientes a aristócratas o de nuevos criollos, se ha leído el periodo callista. Los nuevos criollos se hicieron del poder: con la supuesta “lucha de clases de grupo a grupo” durante el cardenismo, “el individuo, entidad aislada, energía mezquina y dispersa, estorbaba”.⁸⁷ Ciertamente: hasta ahora, Calles —constructivo— parece un desafío incómodo en un país tan lleno de muerte y de mentira en la muerte.⁸⁸

Bibliografía

- ARAMONI, Aniceto, *El mexicano. ¿Un ser aparte?* México, DEMAC, 2008.
- BARTRA, Roger, *Campesinado y poder político en México*. 2a. ed. México, Era, 1984.
- BENÍTEZ, Fernando, *Los primeros mexicanos. La vida criolla en el siglo XVI*. 3a. ed. México, Era, 1965.
- BERUMEN, Miguel A., *Pancho Villa, la construcción del mito*. México, Océano, 2006.
- BUCHENAU, Jürgen, “Plutarco Elías Calles y su admiración por Alemania”, en *Boletín*, núm. 51. México, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca / SEP, enero-abril, 2006.
- CÓRDOVA, Arnaldo, *La revolución en crisis. La aventura del maximato*. 5a. ed. México, Cal y Arena, 1999.
- GONZÁLEZ PINEDA, Francisco, *El mexicano. Psicología de su destructividad*. 9a. reed. México, Pax, 1985.
- GUZMÁN, Martín Luis, *El águila y la serpiente*. México, Porrúa, 1995.
- GUZMÁN, Martín Luis, *La sombra del caudillo*. Pról. de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1966.
- ITURRIAGA, José E., “Calles y la construcción del México moderno”, en *Plutarco Elías Calles. Obra revolucionaria*. México, PRI, 1988.
- KRAUZE, Enrique, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución mexicana, 1910-1940*. México, Tusquets.
- KRAUZE, Enrique, *Reformar desde el origen. Plutarco E. Calles. Biografía del poder/7*. México, FCE.
- LENIN, V. I., *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Moscú, Progreso, 1981.
- LOYOLA DÍAZ, Rafael, *La crisis Obregón-Calles y el Estado mexicano*. México, Siglo XXI / UNAM, IIS.
- MEDIN, Tzvi, *El minimato presidencial: historia política del Maximato. 1928-1935*. 9a. reimp. México, Era, 2003.
- MEDINA RUIZ, Fernando, *Calles, un destino melancólico*. México, Tradición, 1982.
- MEYER, Jean, *Historia de la Revolución mexicana 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*. 3a. reimp. México, Colmex, 2002.
- MEYER, Lorenzo, *Historia de la Revolución mexicana. 1928-1934. Los inicios de la institucionalización*. México, Colmex, 1978.
- MORENO, Francisco Martín, *México acribillado*. México, Alfaguara, 2008.

⁸⁶ F. Benítez, *op. cit.*, p. 280.

⁸⁷ Citado por A. Córdoba, p. 464.

⁸⁸ Parafraseamos aquí a Francisco González Pineda, *El mexicano. Psicología de su destructividad*, p. 63.

- PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta al laberinto de la soledad*. México, FCE, 1981.
- Plutarco Elías Calles. *Correspondencia personal (1919-1945)*, t. I. 1a. reimp. Introd., selec. y notas de Carlos Macías. México, Instituto Sonorense de Cultura / Gobierno del Estado de Sonora / Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca / FCE, 1996.
- Plutarco Elías Calles. *Pensamiento político y social (1913-1936)*. 2a. ed. Pról., selec. y notas de Carlos Macías. Edición Abreviada. México, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca / SEP / FCE, 1992.
- PUIG CASAURANC, José Manuel, *Galatea rebelde a varios pigmaliones. De Obregón a Cárdenas (antecedentes y fenómeno mexicano actual)*. México, INEHR, 2003.
- RODRÍGUEZ, Abelardo L., *Autobiografía*. México, [ed. del autor], 1962.
- TAIBO II, Paco Ignacio, *Pancho Villa. Una biografía narrativa*. México, Planeta, 2006.
- ZERTUCHE MUÑOZ, Fernando, “La política educativa de Plutarco Elías Calles”, en *Plutarco Elías Calles. Obra revolucionaria*. México, PRI, 1988.